

Homilía de **FERNANDO QUINTANO, C. M.** en la Misa-funeral
(Boletín Informativo de la Provincia de Madrid, Junio-Octubre 2009, Nº 286)

Queridos familiares del P. Enrique, Misioneros Paúles, Hermanas y todos los demás que nos acompañáis en esta celebración:

Una vez más nos reunimos en esta capilla de la Comunidad para despedir a un hermano que ha hecho con nosotros el camino de la fe por la senda de San Vicente, y a quien el Señor ha llamado a participar de su vida para siempre.

Es domingo, día en que los cristianos somos congregados para celebrar el misterio pascual, el triunfo de Jesús sobre la muerte, garantía de nuestra feliz resurrección. Celebramos lo que creemos: que Dios Padre venció a la muerte resucitando a su Hijo Jesucristo como primicia, y que en ese Hijo todos hemos sido llamados a la vida para siempre en Dios. Creemos en el Dios de la vida.

Y esa fe es la que nos reúne en esta celebración para proclamar, ante todo, la muerte y resurrección de Cristo; y, al mismo tiempo, la esperanza de que el P. Enrique ha pasado ya de la muerte a la vida, atraído por ese Cristo muerto y resucitado. Porque dijo Jesús a sus discípulos: “Confiad en Dios y confiad también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, ya os lo habría dicho. Así que voy a prepararos un lugar; pero volveré y os llevaré conmigo para que también vosotros estéis donde yo voy a estar” (Jn 14, 1-3).

Ese largo camino de vida recorrido por el P. Enrique comenzó en Poedo, un pueblecito de la Provincia de Orense, hace ya 92 años (4 de noviembre de 1916). A los trece años inicia los estudios en el Seminario diocesano de Orense. Ingresa en la Congregación de la Misión el 18 de septiembre de 1933. Cursados los estudios de filosofía y teología, fue ordenado sacerdote en Madrid el 29 de junio de 1942. Por lo que pudo marcar su vida posterior, cabe reseñar un extraño y grave accidente nunca descifrado: viajando en tren hacia su primer destino, el colegio de los Padres Paúles de

Marín, cerca de Las Navas del Marqués (Ávila) un objeto cortante impactó en su cabeza fracturándole el cráneo. Durante seis meses recibió los cuidados médicos en el hospital de Ávila. Al darle de alta, el cirujano que le atendió dijo: “Téngase por renacido; casos así, o muerte o vida vegetativa”.

Pues nada de eso, sino que pudo continuar el viaje interrumpido hasta su destino. Veinte años como profesor en dicho colegio (1942-1962) le dejaron gratos recuerdos que le impulsaban a volver a Marín para pasar unos días de vacaciones casi todos los veranos.

En 1962, fue destinado a esta casa de Madrid. Su ministerio sacerdotal lo ha ejercido alternando la colaboración en la Basílica de la Milagrosa con la de profesor de las jóvenes aspirantes y seminaristas de las Hijas de la Caridad (se había diplomado en

Ciencias Bíblicas y en lengua francesa), y confesor asiduo de varias Comunidades de Hermanas. Los dos últimos años los ha pasado en la enfermería. Su deterioro progresivo por diversos achaques y su edad avanzada, le han llevado lenta y serenamente al término de su vida en la media noche del 3 de julio. Entre nosotros queda el recuerdo de un misionero piadoso, culto, laborioso y delicado.

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos recordaba que somos ciudadanos del cielo, nuestra patria definitiva, después que Cristo transforme nuestra condición mortal en una condición gloriosa como la suya. Porque lo que Dios Padre quiere es que los que creen en su Hijo Jesucristo no se pierdan para siempre, sino que Él los resucite para la vida eterna. Esto es lo que nosotros creemos y esperamos. Esa fue la fe y la esperanza del P. Enrique. Confiamos en que su fe y su esperanza no han sido defraudadas. Que así sea, hermanos.